

## MÚSICA RESURGENTE

Sería, tal vez, demasiado apelar una vez más a la “música callada” o al “silencio sonoro y rumoroso”, por no apelar a la invisible sincronizada “música de los astros”, en asombrosas concertaciones siderales, o descender a la hipotética “música cuántica”, parte de ese imperceptible halo sobrehumano que pueda circundarnos. Pero introducirnos en la lectura del presente número de *Nassarre* nos va a permitir con mucho ir más allá de la letra impresa y pasar a la sonorización de la idea con su música correspondiente y hasta visualizar la lectura ubicándola en el momento, la fiesta, la tradición, el oficio, la liturgia o el mismísimo archivo donde largamente viene reposando. Así, la lectura sobre estimables restos de tambores infantiles de cerámica, y la visualización de los mismos, allá por los momentos sonoros de al-Andalus, pone en pie a la tradición musical marroquí, y nos hace percibir sus variados ritmos, los gestos de los pequeños tañedores y el tumulto de la fiesta que provocan aún en nuestros días. El experto, y aun el mero aficionado a la organería, no puede dejar de oír la búsqueda del sonido redondo, pulido, por parte de los afamados artesanos Lupe, en su esfuerzo por romper el *blocwert* primitivo del órgano medieval y personalizar las docenas, decinovenas y ventidosenas en nuevas diferencias tímbricas que alejan al instrumento de su pobreza armónica y de su estrechez sonora. Los lectores amantes del cantar, que gustan de ser números activos de coros cada vez más afamados, y también más afinados, al leer algunas de las páginas de la Revista, unirán su voz espontáneamente a las voces corales que le llegan de resúmenes pormenorizados de larga historia, de programas corales que llenaron luengos años de música vocal en lugares concretos; o que resuenan indefectiblemente al examinar e investigar sobre documentación que una prolongada actividad coral ha creado literaria, visual y también sonoramente.

Pero quisiera señalar el grupo de artículos que se afanan por presentar historias musicales, que indefectiblemente al mismo tiempo no hacen sino pintar escenas, reproducir eventos, trasladarnos a tiempos soñados,

y sobre todo hacernos oír esas músicas que trascienden el papel, la historia, el recuerdo, la disquisición, o la anécdota. ¿Acaso el lector que lea la investigación sobre Cancioneros tan significativos como el de Palacio o el de Segovia podrá detener su imaginación y dejar de escuchar músicas nobles, a veces no tan nobles, viendo y escuchando a los protagonistas que las cantan contar eventos históricos, batallas vencidas, amores logrados, anhelos frustrados, críticas acertadas y aceradas, cantares populares, hirientes o complacientes a las historias en la música encerrada? Y si el historiador se encierra en unas páginas literarias que compendian, nada más y nada menos, la propia historia de la música, con su singular desarrollo que pasa, a través de transformadores largos estadios, de la fascinante monodia gregoriana a una impactante polifonía imponente y armónica, arropada por precarios instrumentos en su comienzo y después por plurisonantes órganos, con obras de avezados maestros compositores que van recogiendo tradición y avanzando armonías y disonancias, y todo esto depositado como en un espléndido estuche arquitectónico impactante, como es el esplendoroso monasterio de Santa María de Guadalupe, ¿podrá acaso dejar de sentir y escuchar la potente música callada que esas páginas le van rememorando? Pero si el lector es partícipe de la *universa laus eclesial*, y se introduce, a través de la lectura de las páginas de la Revista, en las naves y el claustro de una catedral, como la ilderdense, en nuestro caso, y se une activamente a una *laus perennis* hermosamente expresada y arropada por antífonas y responsorios, melopeas indefinibles, cadenciales secuencias o prosas, impresionantes lamentaciones y gozosos preconios, ¿podrá acaso evitar el alzar su voz para cantar las melodías que el texto leído le está haciendo escuchar?

Más allá de los cuatro elementos esenciales para el hombre –si nos atascamos en los principios presocráticos: tierra, agua, fuego y aire–, la lectura de las páginas que cordialmente ofrezco a los estudiosos en general, por la amplitud de materias que la Revista muestra, en los mismos me atrevo a incluir –osado empeño– “*la música*”, callada y oculta, rumorosa y siempre resurgente, que acompaña al hombre en su devenir diario, y que puede escuchar en su atenta percepción del mundo que le rodea. Buena lectura, amigos.

*El Director*